

aún permanecía en pie y brillaba al sol naciente; y encima de las cabezas de los albañiles, tostadas y salpicadas de yeso, y sobre residuos de viejos ataúdes, saltaba por los andamios, bañado en la matutina atmósfera, un cura larguirucho, con sombrero redondo rodeado de gasa, interminable y negra sotana raída en los bolsillos, cara sucia, barba de ocho días de fecha, nariz puntiaguda y claros ojos perspicaces.

Fué, sí, aquella mañana cuando, al arrancar otra vez el coche, la mirada de Estefanía se apartó repentinamente del ventanillo, y se clavó largo rato, mitad hosca, mitad conmovida, en la faz infantil de su hijo pequeño. Y sin añadir palabra, beso ni caricia, asió la manita de Nelo, púsola en la del mayor, y sus dedos, ya fríos, estrecharon las de ambos hermanos con presión que no pudo aflojar la muerte.



## XV

La confianza, la adhesión, la fe que suelen inspirar á los niños sus hermanas ó hermanos mayores; la entrega del corazón por

medio de una admiración ingenua hacia un sér de su misma sangre, que es ya para ellos la criatura ideal y típica, á cuya imagen y semejanza procuran, amorosa y ocultamente, formarse y amoldarse; tal era el modo de sentir de Nelo respecto á Juan; pero con mayor dosis aún de pasión, entusiasmo y fanatismo que los demás hermanos pequeños que andan por el mundo. Sólo daba por bien hecho lo que el mayor hiciese, y por creíble y verdadero lo que dijera; y cuando hablaba el grande, escuchábale el chiquitín señalando en el sobrecejo las dos protuberancias que marcan en las frentes juveniles la atención y el trabajo reflexivo.—Lo dice Juan—era su estribillo; y al pronunciarlo, imaginábase que la palabra del mayor también equivalía, para los demás, á palabra de Evangelio. Verdaderamente la fe de Nelo en Juan era absoluta. Cierta día que un muchacho titiritero de un barracón próximo, más crecido y fuerte que Nelo, logró vencerle, dijole Juan:—Mira: mañana coges esta bala de plomo, la guardas en la mano, te vas derecho á ése, le pegas así un puñetazo en mitad de la cara, y ha de caer.—Al día si-

guiente, Nelo metía la bala en el hueco de la mano, descargaba la puñada y daba con su perseguidor en tierra. Lo mismo que al chicuelo le hubiera soltado la puñada á Rabastens, el Hércules, si su hermano se lo indica. En toda ocasión procedía lo mismo. Sucedió que una vez Juan, estando de humor de chanza, cosa rara en él, se entretuvo en acusar á Nelo de haber desherrado á *Larifleta*; y aunque casi enteramente seguro de que los perros no andan herrados, el pequeño, al ver la seriedad del mayor, tras de sincerarse mucho tiempo, fué á examinar las patas de la perra, buscando las señales de los clavos. Y como se riesen de su credulidad, Nelo, sin interrumpir el examen, repetía tenazmente:—Juan lo dice.

¡Ay del que le tocase á su Juanillo! Cierta día volvió Nelo á casa hecho un mar de lágrimas, y acertando el hermano á preguntarle la causa de tanta pena, respondió sollozando que había oído hablar mal de él; é insistiendo Juan para que repitiese las picardías, al atravesar su boquita los epítetos injuriosos para su hermano, apoderábanse de niño convulsiones de cólera.

Al volver de fuera, las primeras palabras de Nelo eran infaliblemente:—¿Está Juan?—Parecía como si el hermanillo no pudiese vivir lejos del mayor. En el anfiteatro, siempre andaba enredado en las piernas de Juan, entrometiéndose en cuanto trabajaba, y á cada instante Juan tenía que apartarle y rechazarle suavemente con la mano. El resto del tiempo, cuando estaban juntos, Nelo, sin interrupción, clavaba los ojos en Juan, con la mirada larga, preguntona, que demuestra la admiración y simpatía de los niños; sumido en una de esas contemplaciones que momentáneamente calman la turbulencia de los primeros años. Si, no estando Juan presente, veía Nelo algo que le gustaba ó sorprendía, el niño, ávido de partirlo todo con su hermano, no podía menos de exclamar, dirigiéndose á la persona que encontraba más cerca:—Estoy deseando contárselo á Juan.

Tanto imperaba el mayor en el pensamiento del menor, que éste, aun en sueños, nada hacía enteramente solo; en perpetua relación con su hermano, asociábalo á sus actos, todos dobles.

A la muerte de Estefanía, fundióse más

íntimamente, día y noche, la vida gemela de ambos hermanos; y uno de los placeres nuevos y grandes de Nelo vino á ser, ahora que Juan dormía en la *Caravana*, irse por la mañana á su cama, y disfrutar á su lado, entre las tiernas alegrías del despertar, el momentito que suelen acostarse al calor de las mamás los muchachos ya crecidos.

A mediodía y por la noche, cuando la compañía se paraba, Juan enseñaba á leer á Nelo en los librejos de pantomimas de su padre; á veces le metía en la mano el violín, y el niño, espoleado por la sangre bohemia que en sus venas corría, se lanzaba á rascar las cuerdas, á fuer de aficionado, que tuvo por academia ó Conservatorio los páramos y las explanadas de los bosques.





XVI

Tomás Bescapé, que desde el fallecimiento de Estefanía había caído en singular chochera,—sentadito sobre el cofre de las pantomimas, cabe el lecho donde en vida durmió su mujer,—una mañana negóse tercamente á levantarse, y desde entonces pasó su existencia en el tálamo conyugal, dichoso tal vez al respirar entre las huellas que un cuerpo amado deja en unas mantas, y la porción de vida, de pasado sutil, que allí renace al húmedo calor de otra vida. No tenía más distracción el pobre viejo alelado sino contemplar su caprichoso traje de húsar, extendido sobre las sábanas, y pedir todos los días que le pusiesen unos galones de plata nuevecitos.



XVII

El estado de su padre obligó á Juan á asumir la dirección de la compañía. Sólo que un director tan joven carecía de autoridad sobre hombres que seguían considerándole como á chiquillo. Mientras vivía la madre y la cabeza del padre regía bien, entre los dos lograban manejar á tan discolos gente, aplacando y trocando en concordia las envidias, antipatías y odios de sus naturalezas hostiles. La mujer, con su tipo exótico, sus pocas palabras, la tranquilidad imperiosa de su voz grave, y su mirada profunda, ejercía una especie de misterioso do-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

minio, y cuando mandaba una cosa, nadie se atrevía á replicar. Si no bastaba Estefanía, intervenía su marido con diplomacia de italiano viejo. Merced al íntimo conocimiento que tenía de su gente, á la maña con que lisonjeaba y fomentaba la sorda inquina de su interlocutor, diciéndole á cada instante *mio caro*, y entreverando la charla con remotas promesas, pintando muy próximos encantadores horizontes, y añadiendo algunas payasadas de su repertorio, el tío Bescapé lograba cuanto quería, entretenía á los más exigentes, calmaba á todo el mundo. En esto no se parecía Juan á su padre. No sabía prometer; si encontraba resistencia á su voluntad, enojábase, mandaba al diablo á quien fuese, y renunciaba sin demora á su pretensión. También le faltaba paciencia para arreglos y reconciliaciones, y no se tomaba el trabajo de intervenir entre el payaso y el Hércules, dejando así que los rencores se emponzoñasen, trocándose en declarada guerra. Le aburrían ciertas menudencias del oficio, y no terciaba, como su padre, en anuncios y pregones, careciendo del admirable dón de lenguas de Bescapé el viejo, aquel dón que le

permitía, en los rincones de trasconejadas provincias, echar su pregón en el dialecto local: habilidad que le valiera muy buenas entradas en el Mediodía, con gran desesperación de sus colegas franceses, que nada tienen de políglotas.

Tampoco valía Juan para administrador, y la *Aporreada*, á quien encomendaba la dirección material de la compañía, carecía del orden é ingenio de su madre.

Por último, aunque era Juan buen camarada, y servicial para todo el universo, la gente entre que vivía no le profesaba adhesión, y andaba descontenta, figurándose que Juan tenía entre ceja y ceja algo, algún proyecto oculto; y al presentir que el joven director no había de eternizarse en su puesto, entrábanle mal disimulados impulsos de abandonarle.





XVIII

Las manos de Juan—hasta cuando descansaba—se agitaban sin cesar, tanteaban, recorrían el espacio. Involuntariamente, casi sin darse cuenta de ello, agarraban

cuantos objetos tenían á su alcance, y los colocaban patas arriba, esquinados, de canto, sobre algún punto de su superficie en que razonablemente no podían sustentarse, esforzándose sin fruto en que permaneciesen así, derechos, un abrir y cerrar de ojos: y siempre aquellas dichosas manos trabajando maquinalmente en subvertir la ley de gravedad, en oponerse á las condiciones de equilibrio, en dar tormento á los cachivaches para que perdiesen la inveterada costumbre de descansar sobre la base ó los pies.

Solía pasarse las horas muertas volviendo y revolviendo en todas direcciones un mueble, una mesa, una silla, con tan porfiada y curiosa interrogación, que su hermano, al fin, le preguntaba:

—Di, Juanillo; ¿qué le quieres tú á ese mueble?

—Estoy buscando.

—¿Buscando qué?

—¡Ah! *Velay*.—Y Juan añadía:—¡Vaya al diablo, que no he de dar con ello!

—Pero ¿con qué? ¿Me lo dices? Anda. ¿Me lo dices?—repetía Nelo, con la plañidera prolongación final de los niños curiosos.

—Cuando seas mayorcito... No puedes entender por ahora... ¡Si también para ti busco yo, hermanucho!

Un día, al hablar así, brincó Juan sobre una mesilla cuadrada, que acababa de colocar en su posición natural, y gritó á su hermano:

—Atención, hermanuchillo... ¿Ves un hacha en aquel rincón? Cógela... Así... Bueno... Pues á pegar con toda tu fuerza en esta pata... ó en la de la derecha.—Y rompióse la pata, y Juan quedaba de pie sobre la mesa paticoja.—Ahora la otra, la de la izquierda.—Cortada la pata segunda, seguía Juan sosteniéndose, mediante un milagro de equilibrio, en la mesa faltosa de las dos patas de delante.—¡Ah; ah, ah, ah!—exclamaba Juan con la entonación propia de los titiriteros:—¡ahora es ella! ¡hermanucho, fastídiame la pata número tres!

—¿La número tres?—repetía Nelo un tanto dudoso.

—Que sí, que la tres, pero despacito... sin sacudir fuerte hasta el último golpe... Con ese me la mandas á los infiernos.—Diciendo así, mientras se desprendía la tercer pata, Juan se acogía á la esquina de

la mesa, encima del único pie firme ya.

Caía el tercer palo, y Nelo veía sostenida horizontalmente, en una pata sola, la mesilla, mordida por las puntas de los dedos gordos de su hermano, cuyo cuerpo iba y venía, tanto hacia afuera como hacia dentro de la mesa, dibujando en el vacío el asa torneada de un jarrón.

—Sáltame acá aprisita—gritaba Juan á Nelo.—Mas ya mesa y equilibrista rodaban á tierra.

A veces, ante cualquier objeto, era tan grande la inmovilidad del hermano mayor, encogido, acurrucado, hincada una rodilla en el suelo y apoyadas en la otra ambas manos unidas; era tan grande, decíamos, su inmovilidad, que el pequeño, penetrado de respeto hacia su grave contemplación, acercábase á él sin atreverse á hablarle, no indicándole su presencia sino con un roce de su cuerpo, análogo al cariñoso refregón de doméstico animal. Juan, sin volverse, le posaba la mano suavemente en la cabeza, y alzándolo con blandura del suelo, lo sentaba á su lado, sin interrumpir la meditación, apoyando la palma en la cabellera del niño; hasta que, echándose hacia atrás con su her-

mano en brazos, exclamaba:—¡No, no puede ser!

Y revolcándose entonces por la hierba agarrado á Nelo, como un perrazo á un gozquecillo, Juan, en involuntaria efusión, decía muy alto, hablando con el niño, sin pretender que le comprendiera:—¡Ay hermanillo!... inventar... pero uno mismo, en persona... una habilidad nueva, nuevecita, propia, nuestra... Plantificarla en Paris en los anuncios, con el nombre de los hermanos...—De repente, interrumpiéndose, como si quisiera hacer perder á Nelo el recuerdo de lo dicho, le agarraba, le hacía girar en una serie de furiosos brincos, y en medio del remolino interminable, sentía el niño sobre su cuerpo el contacto de manos fraternales y paternales á la vez.





XIX

Proseguía el interesante viaje de la *Caravana* á través de Francia, bajo la dirección del hijo, pero sin el buen resultado y el fruto que bajo la del viejo italiano. Reducidas las funciones á las pesas del Hércules, al baile en el alambre de la *Aporreada*, al trapecio y equilibrios de Juan, á los saltos de Nelillo, ya les faltaba el atractivo

de las divertidas pantomimas que coronaban la representación y solazaban al público de los lugares donde no hay teatro, sustituyendo á los cómicos. Por otro lado, la gente de la compañía, al hacerse vieja, había perdido la animación, el fuego sacro del oficio, El payaso escatimaba sus chistes; el Hércules, comiendo menos, se manifestaba más tardo y perezoso que nunca; el sacabuche, atacado de un asma que lo dividía, no soplabá ya en el instrumento sino por amor de Dios; y la farsa languidecía, y el bombo dormitaba, y el metal del barracón despedía acatarrados *cuacs*. Sólo la *Aporreada* seguía consagrándose en absoluto al oficio, desplegando malhumorada abnegación y una especie de rabia contra la perra suerte de los dos hermanos.

Pasaban años, moría el viejo Tomás Bescapé, y el negocio rayaba en menos que mediano, y el manejo de la gente en imposible. Cipriano Muguet, el asmático trombon, se había vuelto un consumado borrachín desde el fallecimiento de *Larifleta*. El payaso, á cada instante más avieso con sus camaradas, daba mil disgustos á Juan, devastando mimbrales, cortando perales y es-

pineras al borde de los caminos que recorría la caravana. (Entretenía sus ocios el payaso tejiendo cestos y esculpiendo bastones y pipas: obras artísticas, donde asomaban como reminiscencias de mañas aprendidas en presidio, y que Agapito vendía en los entreactos de los ejercicios, guardándose el dinero.) Fresca estaba aún la desagradable aventura de Juan con el dueño de la Abedulera, hidalgo aficionado á gimnasia y ejercicios corporales, que tres días había otorgado á los saltimbanquis hospitalidad en su castillo. ¿Qué cara pondría al notar, despues de su marcha, como el payaso le había descortezado sus abedules más hermosos para hacer tabaqueras? A la lucha que sostenía la natural honradez del joven director con su repugnancia á despedir á un viejo camarada, que le había conocido en pañales, y á los sinsabores de todas clases que diariamente le causaba la *titiriteria*, se unió un caso muy perjudicial al prestigio del anfiteatro Bescapé y á los ingresos de la caja. Una de las ganancias más seguras de los saltimbanquis, sobre todo últimamente, se debía al Alcides. Cuando el atleta de barracón llegaba á un pueblo ó aldea, solían entrarle al

jayán de la localidad ganas de medirse con él, y cruzarse apuestas entre el circo y el jayán, á quién sería derribado. Era generalmente un molinero el jayán, y la apuesta importaba cien, doscientas ó trescientas pesetas, poniendo el dinero del adversario del Hércules ya el adversario mismo, ya sus compatriotas, á escote, interesada su vanidad local en la victoria. Y siempre ganaba el Hércules, no por ser más fuerte que cuantos con él lucharan, sino por estar avezado á la lucha, y conocer todo recurso y secreto del oficio. Sucedió, pues, que un día el invencible Rabastens fué derribado de espaldas por un molinero del Bresa, hombre, según el parecer general, de menos resistencia que el Alcides. En medio del asombro de la compañía, su humillación indignada, su turbación extrema, alzóse la voz canallesca y burlona del payaso soltándole al Hércules, que se levantaba aturcido:—Que si no le gustase tanto una cochina hembra, que si la noche antes de la lucha...—Inmenso bofetón no permitió al payaso concluir, tumbándole.

Y tenía razón el payaso. Enamorado hasta entonces de la comida no más, el Hé-

cules se había prendado á deshora de una Deyanira que llevaba consigo, y á quien consagraba buena parte de sus fuerzas. Lo triste de la aventura para la compañía y para él, fué que la derrota le suprimió toda conciencia de su pujanza; que luchó dos ó tres veces más, dejándose vencer, y que desde entonces, desesperado, hundido en la melancólica certeza de que un sortilegio le robara el muscular vigor, no fué posible reducirle á habérselas ni aun con un mequetrefe de soldadillo.

